

DOMINGO DE ADVIENTO.

---

**SERMON II.**  
**PARA EL TERCER**  
**DOMINGO DE ADVIENTO,**  
**SOBRE LA ENVIDIA.**

*Misserunt Judæi ab Jerosolimis Sacerdotes,  
 & Levitas ad Joannem ut interrogarent  
 eum: ¿Tu quis es?*

Los Judios enviaron desde Jerusalén algunos Presbyteros, y Levitas à Juan Bautista para que le preguntasen: ¿Tú quién eres? *Joann. cap. 1.*



**Q**UE habiles son los hombres para ocultar los fines de sus acciones! Quien viese à los principales Ministros de la religion de los Judios, à los Sacerdotes, y Levitas salir de Jerusalén, è ir à la otra parte del Jordan à buscar en el Desierto à un hombre mas rustico, y mas aspero que el mismo desierto, que se alimentaba con insectos, y que se cubria con una tunica texida de cerdas de camello, à preguntarle juridicamente acerca de su estado, y exercicio; à saber de él mismo, si era el Mesías, ò alguno de

los antiguos Profetas, ò algun Profeta nuevo, 'diria sin duda que los animaba el interés de la religion, el zelo del bien público, y de la eterna salud de sus conciudadanos: Pues no, Catholicos, la envidia era la que los animaba.

La fama de los Sermones del Bautista, la multitud de Pueblo que concurría à oirle, y el testimonio que daba de la persona, y Mision de Jesu-Christo, despertaron su atencion para que reparasen en la fama de uno, y otro. Asustaronse, y por medio de questiones enredosas, discurrieron hallar en las respuestas del Bautista motivo para desacreditar à ambos. La envidia es un vicio muy sutil, y sabe ocultarse entre los mas honestos designios.

Procuremos, pues, infundir en nuestros oyentes el horror à este vicio que él se merece, y para esto sigamos la idea de San Gregorio Nacianceno, que nos le pinta como un vicio monstruoso, que incluye en sí dos propiedades, al parecer incompatibles. La envidia, dice este Santo Padre, (a) es entre todas las pasiones la mas injusta, y la mas justa: *Ex omnibus affectibus, iniquissimus simul, & æquissimus*: ¿Cómo podremos entender una union tan extraordinaria? Lo explicaré, Señores, en los dos puntos en que dividiré este discurso: En el primero representaré à la envidia como la mas injusta de todas las pasiones, respecto de la persona que es objeto de ella: y en el segundo, como la mas justa, respecto de la persona culpada con este vicio. El envidioso está lleno de injusticia, por la injuria que hace à su proximo; y lleno de justicia, por la venganza que exerce contra sí mismo: *Iniquissimus, & æquissimus*.

Aun quando no estuvieramos obligados à amar à nuestros proximos, bastaba el amor à nosotros mismos,

y à nuestro propio sosiego para preservarnos de este pecado. Implémos, &c. Ave Maria.

## PRIMERA PARTE.

LA envidia es una tristeza, y un pesar de los bienes, y felicidades ajenas, mirandolas como desgracias propias: así difinen la envidia Santo Tomás, San Juan Damasceno, y Aristoteles: (a) de esta definición se colige fácilmente à cuánto se estiende la injusticia de la envidia, respecto de la materia que la excita, de la persona contra quien se dirige, y del modo con que la ofende. Este pecado se distingue de todos los demás de muchas maneras, y entre ellas tres son las principales; es à saber, el objeto à que se ordena, la persona contra quien se dirige, y el modo con que la ofende: por estas tres consideraciones conoceris fácilmente la malicia de este pecado.

I. San Juan Chrysostomo (b) repara, que en todos aquellos pecados con que se ocasiona alguna ofensa al proximo, halla siempre el pecador algun genero de pretexto, el que parece le sirve de excusa, y forma en él alguna idea, aunque débil del perdon. El ladrón alega sus propias necesidades, el impudico los atractivos del deleyte, el vengativo los ultrajes, ù ofensas que ha sufrido; pero tú, envidioso, dice el Santo, ¿qué pretexto, ò qué motivo podrás alegar de tu malicia? *Tu vero quam dices causam?* Lo que aflige à tu corazón es el bien que ves poseer à otros, y del que tú careces; esta consideracion te atormenta. ¿Puede darse iniquidad mas odiosa, ni mas infame?

¿Qué delito es en ese hombre, à quien tienes por objeto de tus iras, el hallarse dotado de unas prendas, que

(a) *D. Thom. 2. 2. q. 36. art. 1. Damasc. lib. 2. cap. 4. Arist. Reth. 2. 10.* (b) *Hom. 4. ad Propr.*

que le han hecho superior à tí? El suele no acordarse de tí, y aun muchas veces no sabe que tal hombre haya en el Mundo: las prendas de que está adornado suelen ser dones de la naturaleza, los que no tuvo libertad para recibir, ò despreciar: te enfada su talento, la buena disposicion de su persona, y su nobleza; sientes verte privado de estos dones; ¿pero acaso tiene él la culpa? ¿Tenias tú mas derecho que él à este genero de bienes? ¿Por ventura él te ha despojado de ellos? ¿Está obligado à despojarse à sí mismo para entregartelos à tí? Tambien suele suceder, que los bienes que posee son fruto de su trabajo, y la miseria que tú padeces, efecto de tu pereza; ¿pues contra quien deberás indignarte, contra él, ò contra tí mismo? La misma razon tienes tú para mirarle con enojo, que tuvieron los Filisteos para echar à Isaac de su País: Vete, le decian, sal de entre nosotros, porque te has hecho mas poderoso que nosotros: *Recede à nobis, quoniam potentior nobis factus es valde.* (a) ¿La opulencia de Isaac servia acaso de obstaculo à la de los Filisteos? No por cierto; antes por el contrario, animandolos al trabajo, è instruyendolos en el modo de beneficiar sus tierras, y rebaños, les enseñaba los justos medios de enriquecerse, y de igualar su poder; ¿acaso Isaac por ser mas rico se havia hecho mas insolente? No por cierto; antes bien sufría con paciencia las injurias, y los daños que hacian todos los días à sus pastores. No, dice San Juan Chrysostomo, no hay que buscar razones en donde reyna la envidia: tú eres mas poderoso que nosotros, y por eso no te podemos sufrir: tu felicidad es nuestra desgracia: *Felicitatem proximi suam putat infelicitatem.* (b) y no hay que buscar mas razon.

Supuesto este discurso, y siendo esta la materia de la envidia, puede muy bien decirse, que la envidia

(a) *Genes. 26. 16.* (b) *In Genes. cap. 20.*

no dirige su rabia principalmente contra el proximo, que es poseedor inocente, y natural de estos bienes, sino contra la Providencia, contra el mismo Dios, primer Autor, y distribuidor de estos bienes. Dexad al hombre, decia San Juan Chrysostomo, (a) id à buscar la fuente de esos bienes, bolved todo vuestro sentimiento, y toda vuestra rabia contra Dios: Dios es quien ha elevado à vuestro hermano sobre vosotros, quien le ha hecho mas poderoso, mas rico, y mas grande que vosotros; ¿puede haver mayor malicia que perseguir en el hombre los dones, y las gracias de Dios? *Quale hoc malum quo invidus donum Dei persequitur in homine*, dicen San Prospero, y San Agustin. (b) ¿No es esto, dice San Basilio, imitar, ò hablando mas propriamente, renovar el atentado del Demonio, que no pudiendo dañar à Dios, ni usurparle sus perfecciones, descarga su furor contra el hombre, por ser su imagen? No se contenta el embidoso con que el Padre de familias se haya portado con justicia en orden à él, si ha andado algo liberal con otros; para que estuviera contento era necesario que Dios cerrase sus manos para todos, menos para él; que toda la tierra, menos la que él posee, fuese estéril, y que no hubiese honores, empleos, ni riquezas, sino las que recayesen en su persona: Quisiera ver à la Providencia avara para con todos, y magnifica solamente para con él; quisiera verse colocado, no digo en la misma clase que los Grandes, porque la igualdad sería para él motivo de pena, sino verse él solo superior à todo el Mundo, y ver à todo el Mundo à sus pies; esta sería su unica felicidad: mientras haya en la tierra hombres que gocen alguna preeminencia que él no tienen, la

(a) *Homil. 31. in I. ad Corinth.* (b) *Prosp. de Vit. Contemp. lib. 3. cap. 5. August. serm. 83. de Temp. Basil. homil. 11. de Invid.*

mirará como injuria que à él ha hecho la Providencia; consiguientemente es enemigo, no de un hombre solo ni de cierta clase de hombres, sino de la naturaleza, y de todo el genero humano: *Communis hominum naturæ oberrans hostis.* (a)

No son necesarias mas luces que las de un entendimiento Pagano para conocer lo enorme, y monstruoso de este vicio: Aristoteles lo conoció muy bien, fundado solamente en este principio natural; (b) es à saber, que siendo todos los hombres miembros de un mismo cuerpo, que es el Mundo, cada uno debe alegrarse de la perfeccion de todo el cuerpo, la que resulta, no de la elevacion de uno solo, sino del buen orden, y armonía de todos los miembros que le componen.

¿Qué fuerza no añade à este vinculo natural, y razonable el Evangelio de Jesu-Christo? San Pablo nos enseña, que siendo todos nosotros un solo cuerpo por la caridad, no debemos tener mas que un solo corazón, un bien, y un mal comun; que debemos alegrarnos con los que se alegran, y llorar con los que lloran: *Gaudere cum gaudentibus, flere cum flentibus.* (c) ¿Pues qué trastorno no padecen las maximas del Evangelio, y las de la razon natural por la malicia de la envidia? ¿Qué mayor iniquidad en un Christiano, que llorar porque otros se alegran, y alegrarse al ver que otros lloran; y fundar su felicidad en las desgracias ajenas, y su desgracia en la felicidad de su hermano? *Flere cum gaudentibus, & gaudere cum flentibus.* Esta reflexion es de San Geronymo. (d)

II. Yá haveis visto la injusticia de la envidia, atendiendo à la materia que la ocasiona, y que se propone

(a) *Chrysost. homil. 32. in I. ad Corinth.* (b) *Re-thor. 2. cap. 10.* (c) *Rom. cap. 21. 15.* (d) *In cap. 12. Epist. ad Rom.*

por objeto, que es el bien, y felicidad agena. Veamos ahora cuáles son las personas contra quienes se dirige; estas, generalmente hablando, son aquellas que por razon de la semejanza, del parentesco, y de otros vinculos de la sociedad, la debieran ser mas gratas: segundo exceso de injusticia, que no podrá menos de admiraros: *Ex omnibus affectibus iniquissimus.*

Santo Tomás, siguiendo à los Santos Padres, (a) nota, que es preciso que un hombre sea insensato para tener envidia contra aquellas personas que le son indiferentes, ò con las que no tiene conexion alguna: El Scythia, y el Egipto, dice San Basilio, (b) y las demás Naciones, que por razon de su distancia no tienen entre sí reciprocos intereses, no pueden concebir pensamientos de envidia; el teatro de esta es entre dos Naciones, à quienes debieran unir unos mismos intereses de estado, ò de religion; en una misma Nacion entre dos Ciudades vecinas; en una misma Ciudad entre dos Ciudadanos de igual clase; en las personas de una misma clase entre dos familias aliadas; y en una misma familia entre los hermanos, y hermanas: Salviano se quejaba de que en su tiempo este vicio estaba mas arraygado entre los Christianos, que entre los Barbaros. (c) Entre los Barbaros, decia, para vivir unidos, y amarse mutuamente, basta tener un mismo Rey; y una misma cabeza; pero entre nosotros no basta tener un mismo padre: ¿Quién es, añadía, el que hace oficio de verdadero pariente para con sus parientes? ¿Quién exercita la caridad conforme à lo que le prescribe su clase, y su nacimiento? ¿Quién es tan hermano de corazon como de sangre? *¿Quis hoc est animo, quod vocatur? ¿Quis tam propinquus corde, quam sanguine?* ¿Quién es el que no mira como tormento propio la pros-

(a) 2. 2. q. 36. art. 1. ad 2. (b) Homil. II. (c) De Gub. Dei lib. 5.

peridad agena? *¿Cui non prosperitas aliena supplicium est?*

¿Son acaso los leones los que despedazan al justo Abel? No por cierto, su propio hermano Cain, poseido de la envidia, le dá la muerte: ¿son los extraños los que engañan à Jacob? No por cierto, su propio suegro Laban es el que le trata fraudulentamente, envidioso de la felicidad de su conducta: (a) ¿Son acaso los Ismaelitas los que roban al joven Joseph? No por cierto, sus propios hermanos son los que le venden, envidiosos del particular afecto que le manifestaba su padre: ¿son algunas personas desconocidas, Catholicos, las que turban vuestro sosiego? No por cierto, regularmente son vuestros parientes, que habiendo tenido antes por grande honor el unirse à vuestra fortuna, se asustan al ver que esta se adelanta à la suya; vuestros compañeros los que se avergüenzan de deber à vuestra diligencia el buen exito de los negocios que os son comunes; vuestros hermanos mayores los que sienten ver mas honrado su nombre en los hermanos menores que en ellos; aquellas personas que mas beneficios han recibido de vosotros, los que se avergüenzan de verse precisados à reconocerlos, y mucho mas de no poder pasarse sin ellos.

Uno de los mas odiosos distintivos de la envidia es, como nota (b) San Basilio, el irritarse con los beneficios: el furor de los animales se aplaca con los beneficios, pero estos hacen mas intratable al envidioso: los favores que le hacen son para él una especie de tormento: *Invidum beneficio pejorem reddimus.* (c) Antes tenia un amigo, el que te conservaba la igualdad; si tuvo la desgracia de necesitarte, y tú la dicha de poderle servir, y lo hiciste generosamente, el honor está de tu

(a) Genes. 4. 8. ibid. 31. 7. ibid. 37. 28. (b) Homil. 21. (c) Chrysost. homil. 27. in 2. Corint.

parte, y la obligacion de la suya, y esto basta para que le hayais adquirido un enemigo: nunca podrá echar de sí el pesar de ser deudor de los favores que le hicistes, ni te perdonará la generosidad que con él usaste; tú le hiciste bien, pero no esperes de él sino mal. Saul no debia ver en la persona de David mas que al vencedor de Goliath, y al libertador del Reyno; pero la envidia le turbaba la vista, y no veía en David sino un enemigo temible. ¡Quánto se obstinaba aquel infelíz en hacer su vida desgraciada! *Obtenebratus invidia benefactorem ut hostem putabat*, dice San Juan Chrysostomo. (a)

¿Pero cómo es posible que el envidioso respete las obligaciones del agradecimiento, y de la amistad, si no respeta las mas sagradas obligaciones de la piedad, de la religion, y de la fé? Aunque estas divinas virtudes vivan, y resplandezcan en una alma, basta un soplo de envidia para ofuscarlas, y ahogarlas: Grandes esperanzas concibió el Demonio de trastornar los Altares con las mismas manos de los Ministros de los Altares, de mudar à los mas célebres Doctores en escandalosos Hereges, y hacer à los que eran columnas de la fé, apostatas de la fé, luego que pudo introducir la envidia entre los Christianos: ¡Qué de estrañar es que la envidia introduzca la discordia en las Cortes entre los Grandes, y en las familias entre los parientes, si la introduce tambien en la Iglesia entre sus propios hijos! *Hic morbus, & Ecclesiam invasit*, decia San Juan Chrysostomo. ¡Quántas veces sus mas zelosos defensores han buuelto contra su propio seno las mismas armas que antes havian consagrado à su defensa! El hombre mas santo, ¡qué distinto es de sí mismo luego que se siente inficionado de este veneno! ¿Os parece, Señores, un mismo hombre Tertuliano escribiendo

con-

(a) *Homil. 46. in. Genes.*

contra los Paganos, contra los Valentinianos, y contra los Marcionistas, probando con invencibles razones la unidad indivisible de la Iglesia, y Tertuliano separandose de esta santa unidad, y sosteniendo con obstinacion el scisma de un hombre hypocrita, è iluso? ¿De qué provino en él esta terrible mudanza? No son siempre el libertinage, y la sensualidad los vicios que engañan à los corazones grandes: Tertuliano, austero, penitente, respirando en todas sus acciones ayuno, y mortificacion, es vencido de la envidia: El pesar de no verse llamado el primero à los honores, teniendose él por el mas sabio, y eloquente, irrita todas sus pasiones, y le hace sordo à su obligacion, è irreconciliable con Roma, y con toda la Iglesia; y por no haver ésta querido elegirle por su cabeza, se niega à ser su hijo: à vista de este exemplar, ¿quién podrá vivir seguro de la injusticia de la envidia? ¿Qué no reprehende ésta? Finalmente, ¿de qué modo, con qué arte, y con qué malicia acomete? Solamente la iniquidad de la envidia llega à este tercer exceso: *Ex omnibus affectibus iniquissimus.*

III. ¿Haveis reparado, Catholicos, en que la envidia es el unico pecado de que el hombre perverso no se ha atrevido hasta ahora à preciarse? El envidioso no se atreve à confesar su culpa, y aun él mismo no quiere conocerla; lexos de manifestarse tal à la vista del Mundo, procura disfrazar este vicio, y aun se le oculta à sí mismo: Algunos hombres no suelen tener dificultad en decir, yo aborrezco à N. me disgusta, le desprecio, me vengaré de él tarde, ò temprano, le privaré de sus bienes, y de la vida: el odio, la venganza, la ambicion, el homicidio, y aun el hurto, suelen ser alguna vez materia de complacencia; ha havido algunos hombres, que se glorien de estos excesos, sin avergonzarse; pero ninguno ha dicho hasta ahora, soy envidioso, tengo envidia à N. ni creo havrá quien lo

di-

diga: *Hæc quisque verba fateni erubescit*, dice San Basilio. (a)

Este infame vicio nunca se presenta sino disfrazado; ¿y de qué disfraces se vale? De los mas graciosos, y alagueños: las mas nobles virtudes, la sinceridad, la amistad, la justicia, la devocion, el zelo del honor, y de la gloria de Dios, sirven de mascara al envidioso para ocultar su perfidia: si para sus depravados designios se valiera de la murmuracion, facilmente se conoceria su malicia; pero procede con mas cautela: se vale de la lisonja, derrama el incienso de las alabanzas con tal profusion, que su exceso hace sospechosa la sinceridad, y en sus mismos elogios se advierte que falta à la verdad: unas veces alaba sin medida, y otras mezcla à las alabanzas varias precauciones: En un hombre de una clase distinguida pondera su exacta rectitud, su virtud escrupulosa, y su candor: asegura, que es el hombre mas honrado del Mundo, porque le importa poco que sea estimado por estas prendas; pero acerca de su valor, y de los servicios que ha hecho à la Patria, guarda un profundo silencio, porque en esta parte le ofende su merito.

Oye el envidioso alabar la virtud de un hombre, que por razon de su estado hace profesion de ella, è inmediatamente aplica las alabanzas à su talento, à su habilidad, y à su buen genio; sufre con paciencia que le dén todos estos elogios, menos el de persona virtuosa, porque por esta parte puede hacer oposicion à su fama: *In spiritualibus carnalia laudant, ut spiritualia desse persuadeant.* (b) Yá há mucho tiempo que San Prospero descubrió este artificio de la envidia, y hoy se halla en su mayor auge.

Otro artificio no menos comun es inducir à los que juntamente con vosotros caminan por la carrera de

(a) Homil. 21. (b) De Vita contemp. lib. 3. cap. 9.

de los honores à dar algunos pasos que los aparten de ellos, para que de este modo dexen abierto el camino à vuestra ambicion. Se insinúa el envidioso en la amistad de su concurrente, y le sugiere consejos perniciosos à sus intereses; aplaude los yerros que comete para animarle à que cayga en otros mayores, y ponerle por este medio en estado de no poder impedir sus designios: *Peccantibus favent... amicitias simulant*, añade el mismo Santo.

Pero si acaso os haveis podido librar de este ardid, y à pesar de la envidia haveis llegado à algun grado de elevacion, todavia hallareis en este estado algunos concurrentes, à quienes hareis sombra, y quanto mas os acerqueis à ellos mayor es vuestro peligro. Seneca vivia en una Corte en donde à cada paso se encontraban estos lazos; ¿pero os parece que yá no los hay en estos dias? *Et si omnia caveris per ornamenta feriet*, decia Seneca. Si la envidia no te pudo perder apartandote de los honores, te llenará de ellos para conseguirlo: te proporcionará un grande empleo, que apartandote de la Corte, haga invisible tu merito, y dispondrá que tus mismos enemigos vengan à ser los Jueces de tus servicios; pondrá sobre tus hombros un peso, que sabe evidentemente que no has de poder llevar: te expondrá à unos peligros, en los que por tu honor tendrás que dar gracias à los mismos que te han puesto en ellos: *Per ornamenta feriet.* ¿No fue elevado de este modo David, desde la clase de simple Soldado, hasta el honor del mando, (a) y hasta casarse con una hija de el Rey Saul? Por precio de tantos honores no se le pedia mas que la muerte de cien Filisteos; esto es, se tenia mas confianza en lo evidente del peligro, que en su valor, y con tal que fuese víctima de la envidia importaba poco que se aventurase el hacerle hierno del Rey.

(a) 1. Reg. 18. 18.